

# TREINTA AÑOS

IRMA ARCINIEGA

Yo nací en Parral, Chihuahua; él, en Córdoba, Veracruz.

En mi familia nos buscamos unos a otros; en su familia no existe el apego.

Las tres comidas diarias de ellos son todo un ritual de buenas y variadas costumbres; en nuestra familia sólo los días especiales son de una comida vasta y diferente. Cuando nos conocimos, yo sólo comía yogurt con manzana.

Ellos, a la limpieza, le dedican setenta por ciento del día; nosotros, lo necesario, y que no pase del treinta por ciento.

Él salió de su casa a los doce años; yo, a los veinticuatro. Él estudió en el seminario; yo, en colegio de monjas.

Nos conocimos, y a los seis meses ya vivíamos juntos.

Pero...

–No soy virgen –dijo ella.

–Yo tampoco –dijo él.

Con eso bastó para disfrutar de los arrumacos, besos, abrazos y demás en la vida de pareja. Todas las confusiones que de niña me trajo la religión en materia de sexualidad, se aclararon con él y con los libros que compró para capacitarnos.

Encontré un hombre abierto, culto, coherente, de muy buen humor y que me admiraba. Su espontaneidad, su capacidad de disfrutar, sus deformaciones profesionales, similares a las mías, su actitud hacia los hijos, las plantas y los animales han

compensado mi espera de un trato más sensible en el quehacer doméstico diario, odiado por mí.

Podemos durar juntos lo que el cuerpo aguante, nuestras conversaciones son amenas, nos vamos mimetizando en lo importante para ambos y, sin pensarlo, aprendí que el cuidado en la comida y el buen humor es salud. Él no ha aprendido a acariciar fuera de la cama; yo no he aprendido a quererme como él se quiere.

Nunca hicimos pactos de convivencia ni de finanzas ni de educación de los hijos; se asumieron los usos y costumbres: él, macho; yo, ama de casa. Creí que la labor profesional que desarrollaba fuera del hogar era suficiente para considerarme una mujer total. ¡Ni madres! Dista mucho de eso. Con el tiempo y con tolerancia se equilibran los roles.

Hace treinta años que vivimos juntos, hace treinta años que llegó para quedarse, hace treinta años que le abrí las puertas y tomó posesión de todo y de mí, con el consentimiento y el disfrute de mi parte. Su generosidad, su inteligencia, su filosofía de vida y nuestra poca experiencia erótica nos permitieron aprender juntos.

Se quedó por mi gusto y con mi abrazo a todo lo que ocurría; es una luna de miel hasta que... Aflora el machismo, el feminismo, los complejos, las costumbres, los gustos, los disgustos, el enojo y el grito.

Es un vaivén. Regresaba la luna de miel, por ejemplo, cada vez que cada uno de nuestros cuatro hijos llegó, con sus experiencias, sus ocurrencias y sus logros. Cada uno al nacer traía una bendición que nos envolvió de inmediato; no se sintió así cuando supimos que venían, pero al momento de su nacimiento y de verlos por primera vez, nos cayó una lluvia de brillantes sensaciones. Esas veces fuimos los más afortunados de la tierra, porque estando aquí podíamos tocar el cielo con una sonrisa imposible de desdibujar.

Estamos en desacuerdo con el significado de la puntualidad, nos peleamos por el dinero, por el trabajo casero desigual, por el exagerado tiempo que ambos dedicamos al trabajo profesional. Mi necesidad o necesidad de programar y planear todo lo que hago no se lleva con el vivir del día a día de él; sin embargo, coincidimos en las palabras a nuestros hijos, en nuestros placeres.

Hago un recuento, como acostumbro, y por deformación profesional, con cifras y porcentajes, y resumo que el ochenta por ciento del tiempo juntos ha sido merecedor de aplausos, y el resto, de tomatazos.

Sede DEMAC Chihuahua  
Chihuahua, Chih.